



PERIÓDICO LITERARIO, RECREATIVO Y MORAL
DEDICADO AL BELLO SEXO.

PRECIOS DE SUSCRICION

o-Véase anuncio en la 4.ª plana-o

DIRECTORA:

PUNTOS DE SUSCRICION

o-Véase anuncio en la 4.ª plana-o

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

SUMARIO.

La Redencion, por María del Pilar Sinués.—*Los clavos del Señor*, por Carolina Coronado.—*Quemando flores*, por Sofía Perez Casanova.—*El Calvario*, por Emilia Calé y Torres de Quintero.—*Asunto para una novela*, por Salomé Nuñez y Topete.—*A la soledad de Maria*, por Constanza Verec.—Charada.—Anuncios.

LA REDENCION.

Entonces les dijo:—*Mi a'ma está triste hasta la muerte: quedaos aquí y velad conmigo.*

Y adelantándose un poco, se postró sobre su rostro, y oró en estos términos:

—*Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz! mas no se haga como yo quiero, sino según tu voluntad!*

I.

De la cruz sagrada que se elevó en el Gólgota, ostentando por bandera de la fé el cuerpo herido y maltratado de Cristo, brotó la sublime y hermosa religion cristiana.

Antes de que Dios nos enviase á su hijo para enseñarnos el camino del cielo, la humanidad gemía desolada sin un puerto donde acogerse en el mar de sus pasiones.

La idolatría, la impiedad, la disolucion, tenían minado el mundo, que amenazaba hundirse, transformándose en horrible caos.

Pero Dios nos tendió su mano salvadora, y nos envió al dulce, amante y pacientísimo Jesús para que redimiese nuestra esclavitud, para que lavase con su inocente sangre las culpas del género humano.

Su vida nos ofrece sublimes ejemplos para todos los estados de la nuestra; pero ejemplos tan bellos, poéticos y elevados, que ninguna de las acciones de los hombres pueden compararse.

Contemplemos á Jesús en su infancia, y tendremos una idea de lo más amable que puede ser la niñez.

Mirémosle en la adolescencia, y hallaremos la encarnacion del amor más sublime, de ese amor que se apoya en la caridad, y cuyo lema es: *Amemos al prójimo como á nosotros mismos.*

Veámosle en la juventud enseñando el amor acendrado y bienhechor á los hombres: inculcándoles las santas doctrinas que han de conquistarles la salvacion eterna: peregrinando por ellos con la mayor pobreza por toda la Judea. Sufriendo ayunos, privaciones y toda clase de necesidades corporales, y al fin, miremos esta hermosa juventud, coronada con el inmenso sacrificio de su muerte.

Jesucristo es la personificacion de ese amor mártir de su propia grandeza, que busca siempre anhelante el egoismo humano, lamentándose incesantemente de no poderle vislumbrar siquiera.

Porque los mortales medimos siempre el amor por los sacrificios que nos hace, y nos parece el mejor aquel que con más silenciosa abnegacion se inmola; sólo el amor heroico seria el que profundamente agradeceríamos, y aunque muchas veces creemos amar, el tiempo llega muy pronto á desengañarnos, y la última impresion eclipsa á todas las demás que la han precedido.

Y sin embargo, apenas pensamos alguna vez en el amor inmenso, de que tan sublime prueba nos dió nuestro Salvador.

Apenas se conmueve el corazon al verle clavado en la cruz, al representarse los tormentos que precedieron á su muerte: porque si una sola vez se conmoviese profundamente, jamás nos haríamos ya reos de las culpas de ingratitud en que incesantemente incurrimos.

II.

Vosotros, todos, los que haceis alarde del hastío, que aparentado, ó realmente sentido, ostentais, como una enfermedad terrible, volved la vista al sagrado drama del Calvario, y hallareis acaso una sensacion de ternura, que anime vuestras almas heladas y descreídas.

Vosotros, que según pensais, habeis descubierto todos los arcanos de la ciencia, y que habeis resuelto todos sus problemas, explicad ese misterio de amor y abnegación que el Redentor del mundo os ofrece.

Vosotros, seres gastados y excépticos, que todo lo negais, que cerrais vuestra alma al dulce calor de la fé, y los ojos para no ver las verdes y floridas campiñas de la esperanza, seguid paso á paso el martirio de Jesús, y tal vez vuestros ojos secos se refresquen con algunas lágrimas.

Y vosotros, vosotros sobre todo, desheredados de los bienes de la tierra, desventurados que soportais una vida llena de dolor y de privaciones: vosotros que habeis enterrado en una tumba solitaria, todos los amores, todas las esperanzas de vuestro corazón; vosotros que lamentais pesares sin remedio, buscad un consuelo, ó á lo menos un lenitivo á vuestro dolor, meditando en la amarga pasión del Hijo de Dios.

No pensamos en su amor inmenso porque nos falta la fé; alcemos pues el alma á esa celeste mensajera, y meditemos en la pasión de Jesús en estos días en que la iglesia se cubre de luto.

¡Lloremos lágrimas amargas, imaginándonos al Salvador del mundo, sufriendo los bárbaros azotes de la columna. Sigásmole palpitantes en su doloroso camino hasta la cumbre del Gólgota, y lloremos ante la angustia de aquel hijo que, al ver la de su madre, se siente morir mil veces bajo el peso de la cruz!

¡Oh, madres, vosotras que amais á vuestros hijos, y que sentís todos sus dolores más que los vuestros, pensad en la cruel tortura que sufrió la Madre de nuestro Redentor! ¡Vedla andar tras él, contemplando con ojos desencajados aquella forma ensangrentada y medio desnuda, aquel rostro cubierto de helado sudor y de copiosa sangre, que no puede enjugar la encadenada mano del mártir sublime: vedla, escuchando cómo clavan en la cruz aquel cuerpo tan amado! ¡Vedla después de enarbolada aquella, como bandera de paz y salvación, vedla sentada al pie del madero, temblorosa, pálida y alumbrada sólo por la luz de las estrellas!

III.

La santa Virgen esperaba á la muerte como el único alivio á su inmenso dolor. Mas el Redentor, al ver el semblante de su madre, oscurecido con las sombras de la agonía, se volvió á mirar á Juan, su discípulo más querido. La fisonomía del Apóstol copiaba fielmente todos los dolores de María, y Jesús, dirigiéndose á él, le dijo:

—Hombre, aquí tienes á tu madre.

Y volviéndose á María, añadió:

—Mujer, hé aquí á tu hijo.

De este modo enlazó Jesús aquellas dos existencias, que aisladas, debían extinguirse muy pronto.

De este modo nos significó que María sería para siempre nuestra Madre, pues su Apóstol era el símbolo del género humano.

Volvió después sus abatidos ojos hacia el Oriente, que esperaba la luz hacía tanto tiempo, y su cuerpo santo, clavado en el madero, fué como un estandarte á la vista de las naciones infieles.

Entonces el pueblo maldito, dió un ronco y prolongado rugido de alegría, y gritó de esta manera:

—¡Salud al rey de los judíos! ¡Si eres hijo de Dios, baja de la cruz! ¿Cómo no acude tu padre en tu auxilio?

Ni una queja se escapó de los dulces labios de Jesús: selló con su sangre la grande obra de nuestra Redención, é imploró de su eterno Padre el perdón de sus verdugos.

Luego exhaló un grito, y espiró.

La tierra se cubrió de sombras: el sol pareció velarse con una nube de sangre: partiéronse las piedras: los muertos se levantaron de los sepulcros y entraron en Jerusalén.

Los demonios lanzaron rugidos de dolor, porque el género humano estaba salvo por el sacrificio del cordero.

IV.

Desde aquel día nos ampara la cruz, emblema santo de libertad y de fé. El Evangelio se extendió por el mundo, y fuimos hechos hijos de Dios y herederos de su gloria.

No hagamos inútil con nuestras culpas el cruel sacrificio de Cristo. Abriguémosnos al estandarte de la fé. No cerremos los ojos á la luz que con tan amargo martirio nos conquistó el hijo de Dios; y en las más duras pruebas de nuestra vida, busquemos fortaleza en el recuerdo de la amarga pasión, del cruento sacrificio que sufrió, que llevó á cabo nuestro amoroso Salvador para redimirnos.

María del Pilar SINUÉS.

LOS CLAVOS DEL SEÑOR.

¡Ved los hombres cuál son, ved qué inhumanos!

Un redentor el cielo les envía,

Y en la terrible cruz, dulce María,

Clavan con hierros sus divinas manos;

Mirad los hierros y llorad hermanos,

Llorad por el dolor de su agonía,

Y con lágrimas laven nuestros ojos

Los duros clavos en su sangre rojos.

Vino el profeta y su divino canto

Los hombres del error no conocieron,

Y ese premio cruel los hombres dieron,

Al bueno, al justo, al virtuoso, al santo;

Si podemos borrar con nuestro llanto

El crimen que los hombres cometieron,

Con sus lágrimas laven nuestros ojos

Los duros clavos en su sangre rojos.

Con estos clavos, infeliz memoria,

Arrancados del cuerpo moribundo,

Ha escrito el pueblo ingrato y furibundo

Del hijo del Señor la eterna historia;

Él vino al mundo á conquistar su gloria,

Con duros clavos se la paga el mundo,

Y es menester que laven nuestros ojos

Los duros clavos en su sangre rojos.

Esto queda á la tierra del Mesías:

Los clavos nada más de su tormento

Que á los hombres darán remordimiento

En cuanto duren sus penosos días;

Huyamos de moradas tan sombrías,

Volemos de la gloria á nuestro asiento,

Pero estos clavos, en su sangre rojos

Con sus lágrimas laven nuestros ojos.

Carolina CORONADO.

QUEMANDO FLORES.

A mis amiguitas Julia y Concha Gomez.

¡Oh! qué crueles, qué crueles sois mis queridas niñas, á pesar de vuestros pocos años y de vuestras caritas sonrosadas y alegres, como los primeros celajes que cruzan el cielo en las alboradas de Mayo.

Con cuánta gracia sonreís, con cuánto candor miráis consumado vuestro crimen, y amontonáis con las pequeñísimas manos los tallos rotos, y las hojas desprendidas que se escaparon de vuestros dedos al acercarlas por primera vez á la bujía, y que al fin entre risas y exclamaciones de júbilo vais á quemar, sin comprender, porque no se quejan las flores moribundas, que las matais y que sufren en su suplicio, mientras se despiden para siempre de sus amores!

¡Pobres violetas! Cuando el destino es infausto, de nada sirven en la tierra la sencillez y la virtud; por eso vosotras, que viviais escondidas entre los bosques que festonean los campos, dichosas con vuestra humilde suerte, sin más ambición que perfumar las brisas, habeis muerto atormentadas, como en el mundo muchas veces mueren la inocencia y la bondad.

¡Oh! ¡qué crueles; qué crueles sois, mis queridas niñas! pero seréis castigadas: escuchadme.

Mientras lleveis el símbolo de blancas ilusiones en la frente como anuncio del cielo que habeis dejado, y sonriais, durmiendo abrazadas á vuestras muñecas, y durmais apenas la cabecita se reclina blandamente en la almohada, las flores, las flores que son lo más bello que hizo Dios después de los niños, se marchitarán en vuestras manos, y los delicados lirios que coloquéis en el resplandeciente altar el glorioso día de vuestra primera comunión, le dirán á la Virgen con su lenguaje de perfumes entre las ondas del sagrado incienso: «Virgen María, son ellas las que queman las flores:» y entonces las blancas azucenas con que ireis adornadas, se desprenderán de vuestras sienes sollozando al caer: «Virgen María son ellas, son ellas las que han matado á nuestras hermanas.»

Después, y cuando ya el dorado crepúsculo de la adolescencia pinte de brillantes colores los primeros sueños que nazcan en vuestra mente: cuando la fantasía pose sus alas de fuego en una memoria grata, en una imagen querida, entonces, acaso unas flores que

hubierais querido ver siempre lozanas, se marchitarán con el tiempo; pero ¡ah! con cuánto anhelo, con cuánto amor guardareis entonces sus tallos rotos y sus hojas desprendidas!

Y luego, si adherida á la ilusión primera, veis perfilada la primera sombra también: si teneis la triste suerte de mirar malogradas las halagüeñas aspiraciones de vuestra juventud, quizás recordando horrorizadas vuestra crueldad de hoy, tendreis que decir como yo os digo, con miedo en el alma y lágrimas en los ojos: *tomad, tomad estas flores, que largo tiempo guardé, acariciando una esperanza que he visto morir; quemallas pues que teneis valor, y despues, porque nada queda de aquel sueño mio, tan grande como imposible, arrojad lejos, muy lejos, sus cenizas.*

Y las flores, las inocentes flores, quedarán vengandas.

Sofía Perez CASANOVA.

EL CALVARIO.

Un hombre daba su vida
En la cumbre del Calvario;
A mirarlo sanguinario
Corría un pueblo deicida;
De aquella sangre vertida
Por el mortal despiadado,
Brotó un manantial sagrado,
Y el mártir, en su heroísmo,
Selló con ella el abismo
Abierto por el pecado.

De misterio tan profundo
Para el hombre, sorprendente,
Surgió clara y esplendente
La nueva aurora del mundo;
Del Evangelio fecundo
Cuya belleza fascina,
Cundió la hermosa doctrina,
Y de un polo al otro polo
Rigió para el hombre, sólo
Una ley grande y divina.

Ley que abandona el que yerra
No mas, que ella el bien concilia,
Y hace una sola familia
De los hombres en la tierra;
Código santo que encierra
Los preceptos soberanos
De aquel Dios, que por tiranos
Ultrajado en su agonía,
«Amaos todos, decía,
Como si fuerais hermanos.»

Sonó de pronto en el cielo
La palabra redención,
El hombre clamó perdón
Su frente inclinando al suelo;
Y al alzarla, vió en su duelo,
Respondiendo á su humildad,
Fruto de inmensa piedad
En los brazos de una Cruz,
Con cifras de eterna luz
Escrito: «Amor, Caridad.»

Emilia Calé Torres de QUINTERO.

ASUNTO PARA UNA NOVELA.

Pidiendo ayer uno á la más anciana y á la mejor de mis amigas, me refirió el siguiente, «que por desgracia, dijo, no es cuento.»

Me parece que era ayer, y sin embargo, han pasado ya muchos años; yo tenia veinte; fui por primera vez á un baile con mi padre. Ir á tal fiesta sin ilusiones, es como ir sin saber bailar; yo las poseía, como llevaba también muy presentes mis lecciones de danza. Entré muy ufana, muy compuesta, muy emocionada, llevando preparadas mil respuestas que me parecieran ingeniosas, ciertos gestos algo ensayados, y sin que me faltara ni el librito de baile, pendiente por una cadena de la mano derecha, para apuntar los rigodones, los vales que me pidieran, evitándome así confusiones y enojos.

¡Entré por aquellos salones sin que nadie me hiciese caso; pasé la noche con mi padre; las amigas de mi madre bailaban sin cesar; las mías coqueteaban mucho; no tuve á quién dirigirme; me entró esa tristeza, ese desaliento que ocultamos con el nombre de *sueño*!

No bien me ví en la calle, con ingenuidad (ignoro si tonta ó discreta) dije á mi padre:

—¡Cuánto me he aburrido; nadie me ha hecho caso!... ¡y yo que creí hacer furor!

Él, riéndose con cierta tristeza, me contestó:

—Tu madre es severa, no presume más que de honrada; yo no conspiro, no aparento lujo ni lo busco; soy nada más que un buen hombre; no somos ricos; ¡y tú, hija mia, no eres más que una niña joven y buena; por lo tanto no es fácil que *hagas furor*!

Entré muy triste en mi habitación: ¡intacto iba mi traje color de rosa; frescas mis flores; mi calzado siempre blanco, y en blanco también mi librito! Pero mi humor era negro; las flores de mis ilusiones estaban marchitas; los pasos de mis ideas caminaban sobre el lodo de la realidad, y en el libro de mi alma grabados muy tristes sentimientos! Y grabados de tal manera, que no volví más á un baile

Poco á poco fuimos despues empobreciendo: á medida que más estrechábamos nuestros gastos, más se estrechaba el círculo de nuestras relaciones; casi nadie nos iba á ver, nadie nos conocía; desaparecimos por completo del mundo

La dueña de la casa en que vivíamos, y que habitaba el cuarto principal, á pesar de ser parienta nuestra, tampoco nos conocía ya; daba grandes bailes y comidas; tenia una hija á quien parecia adorar; pero con un cariño bien mal entendido, pues la conducta de esa señora era realmente escandalosa.

¡Cuánto me costaba, sin embargo, creer que el mundo fuera tan malo! Pero no tenia más remedio: aquella señora se vanagloriaba tanto de ser obsequiada, de ser atendida, de ser generalmente visitada, que una noche, paseándose por el jardín de su casa en compañía de una amiga, cuyos sanos consejos no queria ni escuchar si quiera la oí responder en voz demasiado alta:

—Desengáñese V.; aunque me critiquen, aunque digan lo que digan de mí, nadie deja ni dejará de visitarnos: Madrid entero se posttra á mis piés; tengo posición para reirme de todos. ... Ahí tiene usted, añadió señalando á nuestros balcones, la honrada, la virtuosa, la santa familia de Ortal, que viven aquí como si habitasen el desierto de Sahara; á nadie ven, ni nadie quiere verlos, á pesar de que, segun V., merecen un altar.

Aquella conversacion me hizo peor efecto que el baile: ¡la familia de Ortal éramos nosotros!

Quería convencerme de que mi padre tenia razon; pero una voz secreta me dictaba la seguridad de que el mundo no es tan injusto, y sí muy severo para castigar tanto cinismo.

..... Dos años despues murieron mis padres.

Yo casé con un capitán de artillería; tuve una niña, que es mi ídolo. Continué viviendo en aquella misma casa.

Me hallaba un día velando el profundo sueño de mi hija, cuando un fuerte campanillazo la despertó á ella y me asustó á mí. El asombro que experimenté no tuvo límite cuando reconocí en la que entraba á mi parienta, la señora del cuarto principal.

Lloraba como una Magdalena, me dió un beso, me abrazó, hizo mil caricias á mi hija, y, por último, se expresó en estos términos:

—Puedes tomarme por una loca, pues lo estoy de dolor; subo á esta casa, como subiria del infierno al cielo; acudo á tí como acude el que se muere á la esperanza de Dios; te miro, como contempla la luz del sol el que nunca la ha visto, y te abrazo como se abraza el náufrago á la tabla que ha de salvarle. Yo ya no soy nada, puesto que no soy dueña de mi hija, puesto que no soy madre: era lo único que yo adoraba en el mundo. ¡De todo me he reido, hasta de la virtud! Por eso pierdo ese tesoro. Me vanaglorié de ser obsequiada, adulada, visitada á pesar de no merecerlo en realidad; y hoy, hoy he sufrido el peor de los castigos, el más cruel desengaño, la herida más terrible. Hace seis meses casé á mi hija con un hombre idolatrado por ella, con un hombre formal, severo, inteligente y digno bajo todos conceptos.

Se fueron de aquí, prometiéndome ella que volvería: la insoportable prolongacion de su ausencia obligó á mi corazón de madre á escribir á su marido, rogándole que regresaran cuanto antes, y oye la respuesta que acabo de recibir:

«Señora: nadie en el mundo puede creerse con derecho á robar á una madre el cariño filial; mas cuando una madre no puede dar buen ejemplo á su hija, el marido de ésta tiene el deber de apartarla de su lado.

Ella nada sabe para que cuente V. siempre con su estimación y su recuerdo; pero en cambio las circunstancias imponen á V. el sacrificio de no volverla á ver en este mundo »

Esto, esto es lo que me dice el que vela por ese ángel como no velé yo; el que cuida de su nombre, como yo no cuidé; y este es el castigo de mis errores. ¡Creí poderles llevar á cabo impunemente; qué engaño, qué desencanto tan grande!

El mundo en general me halaga, la sociedad me visita, si... pero á mi hija, á mi hija de mi alma, no la veré... lo único que he adorado en el mundo! ¡Ay! ¡sin ella no puedo vivir!...

Dijo, y cayó exánime en el suelo.

Trasladada á sus habitaciones, fué cuidada por mí ¡por mí de quien nunca hizo caso! Murió dos horas después, víctima de una congestión al corazón.

Al abandonar aquella suntuosa casa, antes tan alegre, y al subir á la humilde mía, siempre tan tranquila ¡me convencí una vez más de que en esta vida también se reciben recompensas y castigos!

Salomé Nuñez y TOPETE.

A LA SOLEDAD DE MARÍA.

(SONETO.)

Yo te contemplo celestial María,
(Con ojos de una fé que el alma adora)
Lamentando con pena asoladora
De tu amado Jesús, la muerte impía.
Pues libando la hiel de su agonía
Le acompañaste en su postrera hora;
Si en soledad tu corazón lo llora,
Vengo á llorar contigo, madre mía.
Yo sé lo que es sufrir, yo te comprendo;
Yo nunca te olvidé por ese mundo
Y hoy tu dolor acompañar pretendo;

Yo le bendigo porque fué fecundo,
Pues de tu llanto que cayó en el suelo,
Brotó la flor que nos promete el cielo.

Constanza VERA.

CHARADA.

Un *prima tres*, me dijo:
—¿Vamos al campo
A buscar un saquito
De *tercia cuatro*?
—¡*Dos dos* simpleza!
Me gustan más los *todo*
Para merienda.

Leonida OLMEDO.

La solución en el próximo número.

Solución á la charada del número anterior.

SERENATA.

Nos han remitido la solución las señoras
D.^a Loreto García, D.^a Josefa Borreras, D.^a Joaquina Gutierrez, y
las siguientes en verso:

Sin entender una jota
En el arte de tocar,
Yo sé que una serenata
A todas ha de gustar.

Dámasa Sanchez de Sainz de AJA.

La que á la orilla del Sena
Estaba comiendo nata,
Tenia la faz serena
Tocando una serenata.

Pilar MARTINEZ.

Imprenta de Campuzano hermanos, Ave María, 17.

SECCION DE ANUNCIOS.



TODOS LOS MODELOS

10 REALES SEMANALES
sin mas anticipo.

10 por 100 de descuento
al contado.

HILOS DE ALGODON,
TORZALES DE SEDA,
AGUJAS,
ACEITE
PIEZAS SUELTAS
y accesorios para toda clase de costura.

CASAS PARA LA VENTA.

MADRID { Carretas, 35.
Fuencarral, 50.
Toledo, 68.
Serrano, 33.

Y en todas las capitales de provincia.

Para evitar falsificaciones, exíjanse en
las facturas las palabras

MÁQUINA LEGÍTIMA
de LA COMPAÑIA FABRIL SINGER

Pídanse Catálogos ilustrados,
con listas de precios.

DEVOCIONARIOS.—Gran surtido en todas clases y precios.
—5, Montera, 5. Librería.

DOCTOR TORRES, homeópata.
—Unico de su sistema establecido
como especialista —Cura todas las
afecciones sifilíticas sin operar.—Con-
sulta, de 2 á 4.—Olivo, 34, 3.º—Asis-
te á domicilio.

PEDRO ESCUDERO, sastre.—
Plaza del Angel, núm. 15, frente á
la calle de Espoz y Mina, Madrid.—Es-
pecialidad en trajes para niños.

LA DIOSA VENUS—Príncipe, 18
Madrid.—Altas novedades en bi-
sueria de oro, double, níquel y luto.
—Inmenso surtido en albums de piel
y de peluche para fotografías peque-
ñas, americanas y archiduquesas.—
Gran variedad en petacas, carteras,
tarjeteros y otros artículos de piel.
—Adornos de tocador y objetos para
regalo en plata, bronce y cristal.—
Príncipe, 18, Madrid.

PERFUMERIA
FRERA
FUNDADA EN 1850
1 CARMEN 1

ÚLTIMA NOVEDAD.

Peinetas de granate

marfil, concha é imitaciones en for-
mas nuevas y de mucho gusto, se
ha recibido un inmenso surtido.

Los precios son muy económi-
cos: desde una peseta en adelante.

Hay también un gran surtido en
horquillas y adornos de capricho
para la cabeza y prendidos para los
sombreros.



LA ESMERALDA.—Comercio de
sedas, plaza de Anton Martin, 53.—
Gran depósito de toquillas y chalecos
de lana, á precios desconocidos hasta
el día.

UNICA CASA ESPECIAL para
componer máquinas de cos r.—
Carmen, 12, mecánico.

CONCIERTO en el café del Prado
de 5 de la tarde á 8 de la noche.

GRANDES ALMACENES
DEL

LOUVRE

R. Yturbe y C.^a

2 — FUENCARRAL — 2
EQUIPOS PARA NOVIAS
desde 2 000 rs.

Canastillas para recién nacidos
desde 500 rs.

AJUARES DE CASA.

DOTES

para colegiales de ambos sexos.

ROPA BLANCA

confeccionada en los grandes obra-
dores de la casa.

LIENZOS

DE TODAS CLASES Y ANCHOS

MANTELERIAS

de granito y adamascadas

CORTINAJES

ARTICULOS DE PUNTO

extranjeros

Prontitud y esmero

para encargos de confeccion, letras
y bordados, encajes, tiras y
entredoses.

EL LOUVRE

2—Fuencarral—2

EL TULIPAN.—Comercio de sedas
Magdalena, núm. 11. Carretes de
500 yardas á 1 1/2 reales y depósito de
corsés.—Magdalena, 11.

DR. GOÑI.—Especialista en las
vias urinarias y matriz.—Monte-
ra, 5, segundo.

EL DEVOCIONARIO DE ORO.
—Carretas, 51.—Viuda de Sau-
chez Rubio.—Primera casa en devo-
cionarios y objetos piadosos.